

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS ULTIMOS TIEMPOS MONÁRQUICOS

Quadros y retratos de Corte.--Algunos datos inéditos sobre

POR MELCHOR DE ALMAGRO



Las causas profundas del derrocamiento.

La revolución venía soterrando el país; pero el mundo oficial, entregado a sus luchas políticas y al hartazgo del Poder, ignoraba absolutamente el peligro. La España de la superficie desconocía a la España del subsuelo. Acostumbrada a vivir en la ficción de un régimen, no se daba cuenta de que estaba presto a entrar en la Historia de España un elemento nuevo: la opinión pública. Hasta las elecciones del domingo 12 de abril se había tutelado siempre al pueblo español como a un menor en cuyo nombre se administraba su patrimonio sin consultarle. De los poderes que según la Constitución del 78 compartían la soberanía: rey y pueblo, representado por las Cortes, sólo tenía efectividad el primero. Cuantas veleidades tuvo el segundo de levantar cabeza fueron dominadas, porque mientras el Poder real estaba organizado, el popular se encarnaba en partidos políticos fantasmales, sin tropa detrás, estados mayores que eran más bien clientelas.

El absurdo de concebir una soberanía (rey por la gracia de Dios y la Constitución) compartida (El Poder corresponde al rey con las Cortes), que es tanto como no ser soberanía, pues poder soberano quiere decir que no admite superior, tenía que conducir a que al fin uno de los dos se impusiera sobre el otro. Desde la restauración fué el monarca quien reinó y gobernó, unas veces dando la cara, otras bajo el signo de Cánovas, Sagasta, Maura, Silvela, etc. De las Cortes no salían los Gobiernos, sino al contrario, pues éstos creaban las Cortes a su imagen y semejanza, mientras que ellos, a su vez, eran designación del rey. Pero poco a poco, bajo tierra, calladamente, sin que le supiera el tutor, iba creciendo su pupilo.

Pablo Iglesias había echado las bases del partido obrero, que en 1931 contaba con muchos secuaces en el país; la institución libre, proyección de don Francisco Giner, había educado una nueva generación de profesores: muchos jóvenes completaron estudios en el extranjero. Mientras, la España oficial dormía. Síntomas claros, visibles, para quienes tuvieran los sentidos alerta eran las elecciones que se celebraron en los años próximamente anteriores al 31. En ellas, las grandes urbes, sacudiendo la imposición del encasillado, empezaban a sacar triunfantes candidatos combatidos por el Ministerio de la Gobernación. En ese período el Parlamento—Alfonso XIII lo ha dicho en una interviú, publicada en periódicos americanos, y en su célebre discurso de Córdoba—comienza a rechazar leyes que el monarca hubiese querido ver enmendadas. Eso no había ocurrido en tiempos de Cánovas y Sagasta. Yo no voy a discutir aquí si eran buenas o malas dichas leyes. Si tenían razón el rey o las Cortes; lo que me importa señalar es que ya estaban en pugna ambos poderes políticos, uno de los cuales había preva-

lecido sin discusión sobre el otro hasta entonces.

Don Alfonso, con la Dictadura, trató de reducir a su rival a la obediencia, sin conseguirlo. Por el contrario, la represión le dió más fuerzas. Entonces el Poder real, acobardándose ante el enemigo, capituló aparentemente y arrojó del Gobierno a la Dictadura, pero sin decidirse tampoco con franqueza a consultar en Cortes constituyentes esa opinión pública que había crecido y pedía su declaración de mayoría. Ni se atrevía el rey a defender el principio monárquico absoluto a cara descubierta, ni osaba tampoco entregarse a la libre opinión del pueblo, en limpio régimen constitucional y parlamentario.

En ese momento de dudas y vacilaciones se produjeron las elecciones municipales del 12 de abril, que aturdidamente convocó el Gobierno de Aznar.

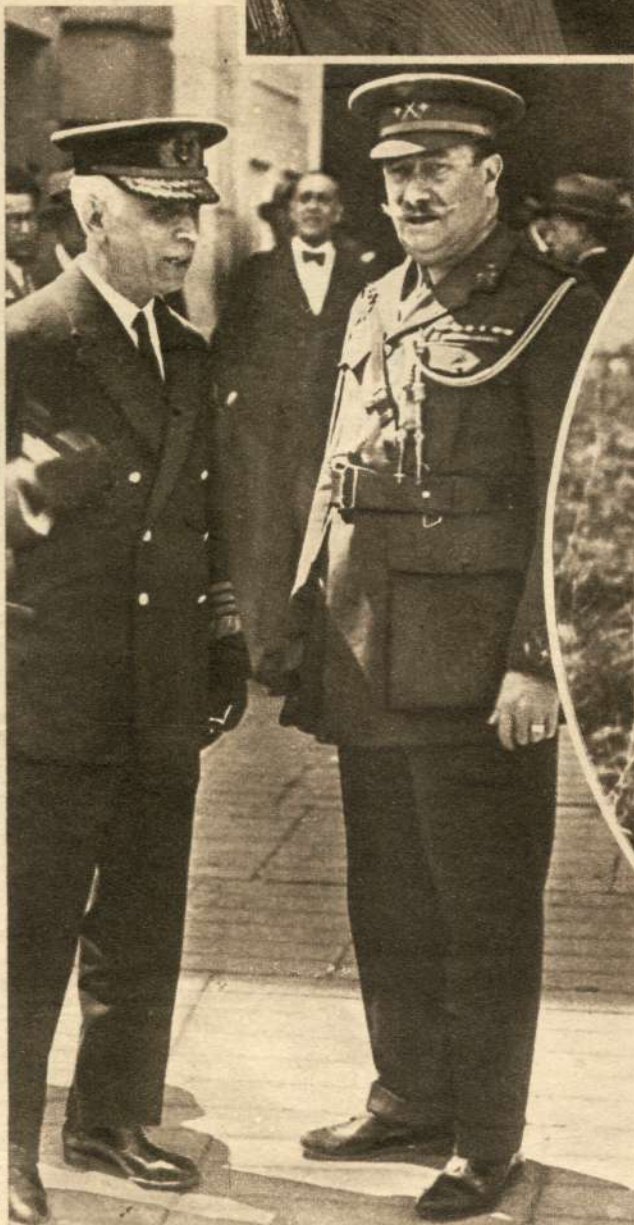
Todas las torpezas de la política personal del rey, puestas en evidencia por los partidos revolucionarios, concitaron contra él no sólo a los republicanos y socialistas, sino también a una gran masa neutra de votantes que antes dejaba hacer, sin intervenir, como no fuera en crítica de cafés. Enemigos personales del rey, de los muchos que su conducta fernandina le había granjeado, partidarios de la República, adversarios del capitalismo, los vejados por la Dictadura, la juventud que no encontró sitio en las preferencias de la corona, los intelectuales desdeñados, los descontentos de todo el que ha mandado, se juntaron en un haz que comulgaba en la idea central de abatir a don Alfonso XIII. Frente al bloque hostil no pudo el rey alinear más que algunas derechas extremas y restos de los antiguos partidos monárquicos, deshechos por Primo de Rivera, que acudían a la batalla sin organizaciones, sin tinglado electoral y, lo que es peor, sin moral ninguna, vencidos en sus propias conciencias antes de combatir.

Don Alfonso y el restringido grupo de sus adláteres no se daban cuenta de la gravedad de la situación. Creían que aquellas elecciones serían una anécdota más en la historia política de España. Un poco de sangre fría, juego pícaro de cubiletes, suspensión de Garantías, si hacía falta; quizá una crisis... y a otra cosa. Sin embargo, las elecciones del 12 de abril no sólo habían de señalar el predominio del pueblo sobre el rey, sino que registrarían un hecho para mí aún más importante que el nacimiento de la segunda República: la mayoría de edad del pueblo español. En adelante, para ir a la izquierda o a la derecha, habría que contar con la opinión pública. España tenía ya el pulso de que carecía el 98. Cuando don Alfonso despidió a Primo de Rivera, quiso dar la sensación de que se volvía a la normalidad liberal; pero, en verdad, no soltó las riendas.

Nombró jefe del Ministerio, primero a Berenguer, que desempeñaba cargo palatino, y después al almirante Aznar, otro

Don Alfonso y el conde de Romanones, presidente del Consejo de ministros en 1913

El ex rey presidiendo un Consejo de ministros en Palacio, el año 1915 (Foto Marín)



(Fotos Marín y Vidal)

El general Berenguer, último ministro de la Guerra de la monarquía, al salir de Palacio en la tarde del 14 de abril



AHORA

LA HISTORIA DE LOS TIEMPOS MONARQUICOS

Los datos inéditos sobre la agonía y muerte de un reinado DE ALMAGRO SAN MARTIN



Triunfante el golpe de Estado de Primo de Rivera, se constituye el Directorio Militar. Don Alfonso con el dictador y los generales del Directorio

(Foto Vidal)

muerte violenta, como advino. Nadie tampoco presumía el suceso tan próximo.

Las elecciones del 12 de abril

Creían los afectos al rey que su éxito electoral estaba asegurado. Suponian los adversarios alcanzar una gran victoria dentro de muchos distritos, pero no de la extensión y fuerza que lograron. Hoyos, muy adicto a don Alfonso, desconocía por completo el tejeramanaje electoral, por otra parte, difícil más que nunca al carecerse de todos los resortes elec-

de la catástrofe. Las asonadas y motines de los días anteriores habían desaparecido por el momento.

Dominaba una gran calma aparente como precede a las tormentas del trópico. En la mañana del 13, mientras Aznar va a Palacio para dar cuenta oficial al rey, (que ya estaba enterado de la derrota, pues gran parte de la noche anterior la pasó en la cabina telefónica de Palacio con la reina tomando nota de las noticias que Casa Aguilera iba recibiendo) y Alhucenas y Romanones comparecen ante el monarca con cara larga, el Comité revolucionario, que se ha nombrado a sí mismo Gobierno provisional, sin que tampoco sepamos quién le eligiera como tal Comité revolucionario, lanza una nota conminando, de Poder a Poder, con la implantación inmediata de la República. Unos consejeros, los más, creen que todo está perdido y nada es posible intentar; otros pretenden resistir, pero en ambas partes domina la misma desorientación y falta de energía que necesariamente había de tener un Gabinete de ancianos. ¿Habría pasado lo mismo si el rey no hubiera prescindido sistemáticamente de la gente joven, sobre todo, intelectual, al elegir a sus consejeros? Don Alfonso se había saltado una generación a la torera, sus gobernantes fueron los mismos de los dos últimos reinados.

El subsecretario de Gobernación redacta una nota estadística de las elecciones, según la cual salen elegidos 5.875 concejales pertenecientes a la conjunción republicanosocialista y 22.150 afectos a la monarquía, de suerte que ésta resultaba vencedora.

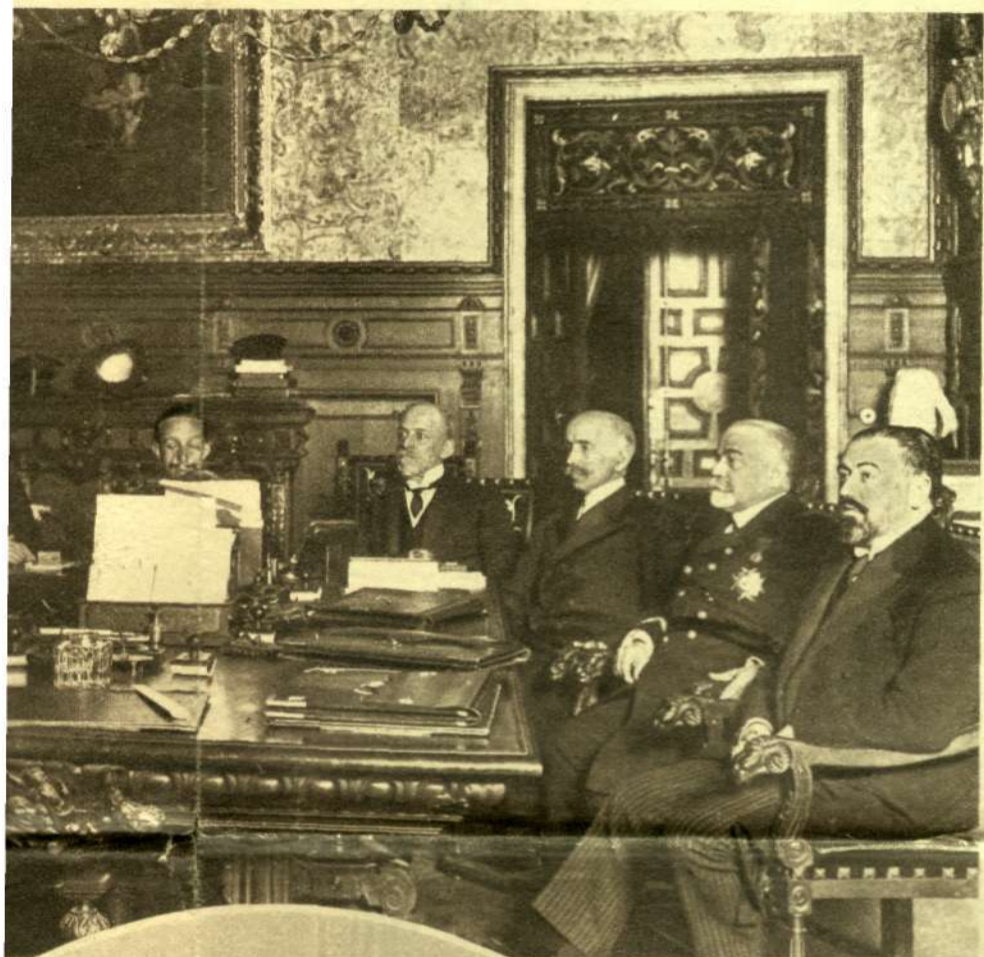
Hoyos, muy satisfecho de aquel argumento que podía servir para defender la tesis alfonsina, la lleva al Consejo de ministros celebrado a las cinco de la tarde, y a cuya entrada el almirante Aznar hace su célebre declaración: España se durmió monárquica y se despertó republicana. El marqués ministro comprende que su estadística es ya completamente inútil, porque el presidente acaba de entregar la llave de la fortaleza, y desgarró su nota.

Aunque se ha reprochado a Berenguer que transmitió una circular a los capitanes generales recomendándoles no desacatar la voluntad popular, es justo darle razón, tanto por el respeto democrático que representaba dicha nota como en no haberla sometido a Consejo de ministros, toda vez que era sólo incumbencia del ministro de la Guerra.

El buque se hunde; pero la tripulación, en vez de acudir a taponar las brechas, pierde el tiempo discutiendo.

El próximo artículo se titulará:

El triunfo de la República



(Fotos Goñi y C. y Vilaseca)

Berenguer, último ministro de monarquía, al salir de Palacio el 14 de abril

Don Alfonso conversando con don Antonio Maura durante una cacería, en 1909



Las elecciones del 12 de abril. El futuro Presidente de la República depositando su voto en la urna (Foto Vidal)

militar, ambos bien flanqueados de incondicionales, como Hoyos, duque de Alba, Matos, Romanones, etc. Ni ellos ni los políticos pseudomonárquicos que quedaron fuera del Gabinete, supieron, no ya enfrentarse con la revolución amenazadora, sino siquiera advertir su existencia. Luchando en disensiones intestinas, cooperaron inconscientemente a la victoria de los enemigos del rey. No quiero yo decir que la República hubiere dejado de imponerse algún día más o menos remoto, pues la suerte, para esa forma de Gobierno, está echada ya en todas partes; pero sí, que sin la inepticia de quienes tenían el deber de defender a don Alfonso la extinción de la Monarquía habría sido trance de muerte natural, en vez de

toreros que Primo de Rivera había destruido. La máquina de hacer diputados estaba rota, sin que ni siquiera los consejos de Romanones pudieran suplirla de prisa y corriendo.

Las votaciones se realizaron el domingo 12 de abril con perfecta calma. Todos aguardaban confiados el resultado. En la noche comenzaron a llegar al Gobierno noticias del desastre, que se aumentaba y crecía por minutos a medida que los datos se completaban. Los grandes caciques monárquicos habían sido batidos en sus feudos. Las capitales elegían republicanos: los distritos rurales, mansos todavía al mandato gubernativo, se inclinaban a la Monarquía.

Amaneció el lunes 13 con la certeza ya